

# Fronteras interiores

(utilidad o sentido del ejercicio poético)

Raúl Díaz Rosales

Que la poesía se cuestione es algo que debería tranquilizarnos. Poner en duda su utilidad, sus aspiraciones, o la conveniencia de su práctica, y que no lo hagan solo aquellos ajenos a ella, sino que desde dentro se sienta la necesidad de poner en tela de juicio el propio género, implica que aún queda algo de sensatez. El hombre describe una época, la sostiene, la empeora o ejerce sobre ella una influencia benéfica. Cualquier actividad suya realiza esta misión. Con la poesía asistimos al mismo proceso, sin que podamos sentirnos lejos del error al ampararnos en el arte. De ahí el alivio al saber que, brújula en mano, nos interrogamos sobre nuestra posición, porque aunque siempre estemos perdidos, creo que no olvidamos hacia dónde debemos avanzar.

Es complejo, antes que definir su propia utilidad, poder vislumbrar su esencia. Pero es fácil decir lo que no es. La poesía no es el valor comercial, el canon literario, las lecturas obligatorias, el rigor académico, el fetichismo filológico... No se debe confundir el valor de la poesía con el de sus realizaciones históricas. Hoy, Francisco Ruiz Noguera, José Ángel Aldana, Aurora Luque o Lorenzo Plana; antes Pedro Casariego Córdoba, Aníbal Núñez, Veronica Forrest-Thomson... En ellos puedo amparar mi fe en la poesía, pero también en muchos otros nombres, sin que exista la necesidad de que sean compartidos por otros lectores. Porque todos sabemos que hay buenos y malos poetas, el problema surge a la hora de decidir la nómina. Pero sin todos ellos, también existiría esa sensación de necesidad de belleza en palabras, porque la poesía no es el resultado, sino el proceso de ambicionar belleza basada en la elaboración lingüística del pensamiento.

Interrogar a los poetas sobre esta misma utilidad es revelador y engañoso al mismo tiempo: David Leo García propone un vitalidad nihilista que por obvia y sincera ha de ser asumida: «—Para qué. —Para nada. —Por qué. —Porque sí»<sup>1</sup>. ¿Podemos, realmente, justificarla? ¿Qué ocurriría si no existiese la poesía? Seamos sinceros: absolutamente nada. Pero, jugando a cuestionar, ¿qué implicaría la desaparición del ser humano? ¿Ocurriría algo negativo más allá del circuito de retroalimentación que supone nuestra existencia? Si el hombre vive para el hombre, todo aquello que le plazca tendrá sentido. Cualquier otra consideración más allá de estas estrictas coordenadas, tendrá algo de impostura, de sentirnos más importantes de lo que la realidad nos demuestra ser. La supervivencia siempre precede al ocio, pero sin el juego, sin el placer fructivo, o al menos, sin el deseo de alcanzarlo, ¿querríamos sobrevivirnos?

Cabe cuestionarse para qué poetas, ante la (aparentemente) imparable depreciación de las humanidades frente al mundo tecnológico, que, en principio, debería mejorar la vida. Para qué la demora del pensamiento frente a la velocidad de la acción. No podemos olvidar

---

1. Poética de David Leo García, en Raúl Díaz Rosales y Julio César Jiménez (eds.), *Y para qué + poetas. Herederos y precursores. Poesía andaluza ≤ 1970*, Eppur, Málaga, 2010, pág. 72.

que la tecnología es solo un medio a disposición del hombre, del mismo hombre histórico, por lo que no debería sorprendernos la repetición de errores en diferentes escenarios, el actor principal sigue desempeñando el mismo papel. Hemos de pensar en la dicotomía importante/urgente, y entender que es esta última la que marca nuestra respiración, para seguir construyendo aire. Porque hace falta respirar más lento, un tipo de aire menos viciado, extraño incluso a los pulmones. La poesía habla de habitar lo necesario, que a veces tiene muy poco que ver con urgencias artificiales.

Sospecho que en la poesía, en la concepción de la poesía como acto íntimo de lectura y no en la alharaca del mercado literario, podemos encontrar a un hombre en compañía interrogándose sin coartadas. La lectura privada nos permite decidir los tiempos, las fracturas que disponemos en la asimilación del contenido, esa linealidad controlada en su desarrollo es, creo, el valor distintivo de la poesía. La apuesta decidida por habitar el mundo con nuestro propio mapa y calendario, más allá de la imposición extrema de un progreso que hace tiempo que pasó por encima de nosotros. Hoy nos encontramos con multitud de nuevas formas: perfopoesía, videopoesía... Pero me temo que son más bien invasiones de la poesía, que amplía sus límites, según algunas opiniones, hasta toda aquella manifestación cultural donde tenga cabida la palabra, como si solo de la poesía fuese potestad su utilización. Y es que parece alzarse la reconquista poética: si antes aludí a esa capacidad para poner en tela de juicio su justificación, es desasosegante comprobar el valor único que le otorgamos, desde dentro, a esta práctica. Se critica que no se lea poesía. Pero nadie habla del abandono de prácticas culturales que podemos considerar aún más minoritarias: ¿no hay belleza en el ballet, la ópera, la escultura? Parece que la nuestra tiene certificado de autenticidad, y lo que hay que preguntarse es: ¿hay vida más allá de la poesía?

¿Cuál es la necesidad de volver a la poesía, a la belleza (o, aún más, a lo sublime), al intelecto, a una manera de apropiarnos de la realidad? (Como ven, solo tengo la certeza de la pregunta.) La necesidad de ser, simplemente, o del ocio, o del *dolce far niente*. La poesía no necesita un para qué, adelanto, sin dejar de darlo.

No deja de ser curioso preguntar por su finalidad en una época en que el mercado literario asiste a una revitalización del género: la poesía joven vuelve a dar muestras de un brillante empuje (no corresponde a sus coetáneos apresurar un juicio crítico). Se escribe más porque en ningún otro género el yo alcanza un valor fundamental en su exposición explícita. El problema es encontrar el hombre *común* a todos los hombres. La anécdota particular de nuestro yo propio suele ser bastante prosaica. Pero no olvidemos, en todo caso, que juzgar el género está muy lejos de necesitar juzgar a sus actores.

Se pueden rastrear justificaciones de la poesía<sup>2</sup>. Puedo decir que la poesía es una actividad intelectual de irremediable sentido estético con su larga historia universal de realizaciones concretas; también pienso que es la expresión concisa de la belleza, en la que esta última tiene mucho que ver con la inteligencia, con algo de verdad y ética, aunque esto sea trasnochadamente romántico e ingenuo. Y podrán reprocharme que deliberadamente he evitado señalar su finalidad. Unamuno escribió que las cosas se hicieron primero, su para qué después (Kant había hablado ya de la finalidad sin fin del arte). No hace falta más. Ni siquiera a mí me sirven. Pero ya aludí a la importancia de cuestionarnos.

A cualquier lector le basta con su propia motivación y le sobran las ajenas. Pero, permitiéndome la generalización, creo que la poesía ha de convertirse en un modo definitivo de

---

2. Pablo Mora, «Para qué la poesía», *Espéculo*, 22, año VIII (noviembre 2002, febrero 2003)

estar alerta, de averiguar lo que (nos) sucede: «Los poemas te enseñan todo eso: / a no esperar respuesta. / Pero continúa haciendo preguntas; / eso es lo importante»<sup>3</sup>. Preguntarnos, sin duda, sobre uno mismo: «La poesía es noticias / procedentes de la conciencia»<sup>4</sup>. Debemos escribir dogmas y repetirlos hasta olvidarlos, hasta convencernos de lo ridículo de una sola verdad. La poesía se busca por infinitas razones, y así, infinitos dones otorga. Quiero recordar a Emilio Alarcos Llorach, al responder a Castellet sobre sus *novísimos* antologados: «Por el momento, me dejan frío, aunque en el fondo de algunos se vea el motor esencial de toda poesía: el haber descubierto que la vida de una estafa y que dentro de cien años todos calvos»<sup>5</sup>. Quizás esa desesperanza es una de las lecciones más importantes que puede otorgarnos, aunque la afirmación de la esperanza no sea, en ningún caso, enseñanza que debamos desaprovechar.

Si hay que señalar una función de la poesía, diría que el hombre puede *hacerse* leyendo, bucearse y ser cualquier hombre. Derribar de un modo natural las barreras propias y hacer de nuestras fronteras interiores, en el contacto con la literatura, un amplio espacio de conocimiento y, sobre todo, comprensión.

La necesidad de la sublime poesía queda enmarcada en la historia cultural de la humanidad, pero por debajo de esa abstracción, cabe volver a los versos del escritor argentino Rodolfo Enrique Fogwill, y su poema «Llamado por los malos poetas»: «Se necesitan malos poetas. / Buenas personas, pero poetas / malos. Dos, cien, mil malos poetas / se necesitan más para que estallen / las diez mil flores del poema. / Que en ellos viva la poesía, / la innecesaria, la fútil, la sutil / poesía imprescindible. O la in- / versa: la poesía necesaria, / la prescindible para vivir. / [...]». Es la intrahistoria, al fin y al cabo, la que construye el día; algo así como un minimalismo existencial, lejos de grandes proezas aisladas.

Por lo demás, no debemos dejarnos distraer por esa costumbre tan terrible de justificar la utilidad práctica de los actos. Busquemos, como mucho, su sentido.

*Raúl Díaz Rosales es poeta y  
Doctor en Filología.*

---

3. Poema «S/Z», recogido en Verónica Forrest-Thomson, *Poesía. f. figura de pensamiento*, CEDMA (col. Puerta del Mar), Málaga, 2010, pág. 119.

4. Recogido en *¿Qué es poesía? What is poetry?*, de Lawrence Ferlinguetti, en traducción de Jesús Aguado, Juan de Mairena, y de libros (colección Cosmopoética), Córdoba, 2007, pág. 19.

5. Carta a J. M. Castellet, fechada en Oviedo, 30 de mayo de 1970, recogida en el *Apéndice documental*, pág. 11, publicado junto a la reedición de José María Castellet (ed.), *Nueve novísimos poetas españoles*, Península, Barcelona, 2001.